



Dr. BLASCO PEÑAHERRERA .

- La cultura es el impulso básico con que cuenta un pueblo para avanzar, para realizarse; es decir, de su aptitud para "llegar a ser".
- Para delinear una Política Cultural, para saber estructurarla, es preciso saber antes, antes de ir hacia el futuro, hay que mirar, como lo está haciendo este Instituto, lo más hondo y seriamente el presente y hurgar en las raíces que están hacia el pasado.

En la amable presentación que ha tenido la bondad de hacer el señor Director Administrativo, ha omitido un acontecimiento en mi vida por el cual me es particularmente grato estar aquí en Otavalo, siempre. Y sobre todo, estar aquí, ahora. Me refiero a un aconteci-

miento que ocurrió el día 30 de julio de 1955, en que tuve la suerte de casarme con una otavaleña que me acompaña este momento, como me ha acompañado en todos los de mi vida.

Y algo más a modo de preámbulo necesario. Acabamos de conversar muy brevemente

* Subdirector de la Revista "Vistazo"

con el señor Director General, sobre como se ha hecho y lo que ha hecho este Instituto, y creo que debo repetir algo que decíamos a dúo con mi señora: es reconfortante que en un país y en un instante en el que todas las cosas parecen no andar bien, y en el que se encuentra más bien defectos que aciertos en todo lo que se mira, se pueda constatar una labor tan seria, una labor tan sólida como la que se muestra en este edificio y como la que se concreta en los trabajos ya emprendidos. Y sobre todo, lo que será realidad en la obra que cumpla este Instituto, al que le auguro un futuro verdaderamente promisorio y al que le atribuyo una importancia básica para lograr, alguna vez, una seria orientación de la cultura y la vida nacional. Por eso, agradezco muy cordialmente que se me haya brindado la oportunidad de estar aquí con Uds., a sabiendas de que las limitaciones tremendas de una vida demasiado complicada, me impiden pensar seriamente en las cosas que me gustaría pensar, y preparar seriamente los trabajos que me gustaría preparar, como, por ejemplo, el de hoy. Con esa limitación, les ruego que tengan la bondad de atender, nada más que mi buena voluntad de contribuir a esta tarea que ha sido tan acertadamente delineada, como la investigación, como la búsqueda, de los modos adecuados para satisfacer esta gran necesidad de estructurar y aplicar alguna vez al fin una política cultural en el Ecuador.

Comparto plenamente con el propósito que queda ya enunciado con el propio tema de la conferencia: la necesidad de saber a donde vamos. En el orden cultural, esta necesidad es tan apremiante y tan honda, como es la de saber a donde vamos en todos los órdenes de la vida e incluso mucho más, porque la cultura,

no solo que es la manifestación del ser de un pueblo, sino que es el impulso básico que cuenta un pueblo para avanzar, para realizarse; es decir, de su aptitud para "llegar a ser". Así, coincido, digo, con el propósito enunciado en el tema, pero considero que, para saber o para delinear una política cultural, para saber estructurarla, es preciso saber antes, antes de ir hacia el futuro (porque una política mira en ese sentido o la creería yo concebida en ese sentido); digo, antes de eso, hay que mirar, como lo está haciendo el Instituto, lo más hondo y seriamente el presente y hurgar en las raíces que están hacia el pasado. En otras palabras, creo que es preciso saber ¿qué somos?, ¿cómo hemos llegado a ser lo que somos?, antes de especular sobre lo que debemos querer, sobre a dónde debemos marchar. Esa interrogación fundamental, del ¿Qué-somos?, ¿Qué-hemos-sido?, me parece a mí que ha sido planteada en términos muy poco científicos y muy poco serios hasta hoy. Con algunas y muy luminosas excepciones, nos hemos resistido a mirarnos en un espejo y hemos preferido mirar una fotografía retocada a nuestro gusto. Con esto quiero decir que no hemos tratado de averiguar lo que es realmente nuestro país ni lo que ciertamente fue, sino que hemos preferido verle como queremos que sea, como suponemos que fue.

Por ello para lograr este desentrañamiento de las raíces de la Cultura Nacional, de la dimensión exacta de nuestra capacidad para la creación y la realización cultural, resulta indispensable que descifremos algunos que a mí me han parecido siempre verdaderos "enigmas" en nuestra historia: el enigma de la fácil caída como se le podría llamar al colapso de la cultura prehispánica; el enigma y la paradoja de

esa larga noche de la dominación española; y, el enigma de esta lenta marcha que ha significado nuestra vida republicana, prácticamente hasta estos últimos años.

Pero antes de entrar en tan compleja materia, resulta necesario que precise un poco el concepto, o que al menos intente precisar el concepto de lo que entiendo por cultura; lo que quiero entender por cultura. Diría que cultura es todo lo que ha sido, es y será fruto de la acción humana; es decir, del enfrentamiento del hombre con el medio. Todo lo que el hombre ha hecho frente al medio, con el medio, en el medio. Todo lo que ha sido, es y será inventado, soñado, creado. Eso es la cultura. Todo lo que ha sido, es y será, sobre todo, aprendido mediante el contacto entre los hombres. Y, además, y por sobre todo, el modo como las cosas han sido hechas, el modo como las cosas han sido inventadas, soñadas, realizadas, transmitidas. En suma, la obra creada y el sistema de realización de esa obra, eso es la cultura. Pero, la cultura engloba todo el quehacer humano, no solamente una determinada parte del quehacer humano, como a veces se la entiende; por ejemplo: la cultura literaria, la cultura filosófica, la cultura estética. No la cultura es todo; es, en definitiva, el hombre mismo realizado y realizándose a través de la historia.

Es entendida así la cultura que se plantean en relación con la nuestra, estos que me he permitido llamar tres enigmas. Comencemos con el primero, el de la "fácil caída", creo yo que es un verdadero "enigma", porque no resulta fácil de explicar cómo una colectividad cuya magnitud en términos de población, cuya magnitud en términos de intensidad de vida económica, cuya magnitud en casi todos los términos comparativos y calificativos con los

que pueda definirse una colectividad. Una colectividad de una madurez que seguramente tenía tres mil según unos, cinco mil según otros, diez mil, según los más optimistas, cuarenta mil según los que superan ya los límites del optimismo. Que una cultura así, digo, haya podido desaparecer, haya podido destruirse, haya dejado de ser, de una manera tan fácil, ante el empuje simple de un puñado de hombres que impusieron, casi sin ninguna resistencia, sus modos de ser, de pensar, de hacer, de creer. Esto es, sin duda alguna, un "enigma" que reclama una clara, objetiva y racional explicación. Pero en lugar de explicaciones claras, objetivas y sobre todo racionales, cuando se trata de este tema suelen surgir explicaciones, que podríamos llamarlas exageradamente chauvinistas, fuera de la razón, y la lógica de los hechos, seguramente en el pueril afán de poner a salvo algo que realmente no necesita ser puesto a salvo de ese modo: el valor de la cultura autóctona, el valor de la cultura aborígen. Se trata, en muchos casos o casi siempre, de no admitir una verdad, una verdad cruda y dura; la verdad cruda y dura de que la cultura que llegó en la carne, que llegó en el pensamiento, que llegó en el modo de ser, en la conducta de los conquistadores, fue una cultura abismalmente superior a la que aquí habíase generado y desarrollado en 3, 5, 12, 40 o más milenios. Abismalmente superior, tal vez no tanto en términos estéticos. Sin duda que no, en términos éticos. Tal vez incluso no, en todo aquello que determina "la calidad de la vida" de una colectividad, puesto que en ese aspecto todo es muy relativo; es relativa la felicidad del salvaje; es muy relativa la felicidad del hombre civilizado. Era superior esa cultura foránea en términos de su contenido y de su nivel comparativo de desarrollo. Era así, porque mientras la "nuestra", si podemos

llamarla así a la aborígen pre-hispánica, correspondía a los lineamientos básicos de la cultura agraria-semi-sendaria en los inicios del urbanismo: Cultura, en esos términos, comparable con la que floreció en Mesopotamia o en Egipto 3.500 o 2.500 A.C., cultura que tenía todo el contenido que caracteriza aquel estado de evolución: el pensamiento mágico; la estructura política teocrático-piramidal; la concepción hermética del mundo, el desarrollo incipiente del pensamiento científico (apenas circunscrito a los aspectos pragmáticos de la astronomía en relación o con la religión o con la producción agrícola); y, la carencia de elementos o factores tecnológicos de substancial importancia, entre los que podríamos citar, a modo simple ejemplo: la rueda y el arco (sobre todo: la rueda, porque no solo permitió la fabricación de medios de transporte; la rueda fue la clave de todo el desarrollo tecnológico, puesto que está en todo lo que puede imaginarse que funciona en este momento y que funciona desde hace 300 o 400 años). La carencia de estos elementos técnicos, la concepción mágica de la vida, la sensación o la concepción hermética del mundo, de esta civilización prehispánica, se enfrentó o fue enfrentada por esa otra que tenía, precisamente, las características contrarias, porque era una civilización que resultaba ser el resumen de un proceso evolutivo casi continuo de 10.000 o más años: desde la Mesopotamia y Egipto a Grecia y Roma a Bizancio, al Medioevo, a la expansión musulmana. Todo esto, aglutinado, estaba en el modo de ser, de actuar, de crear de pensar, del conquistador español, que llegó a estos lares. Por eso, ese tal conquistador tenía una mentalidad que podríamos llamar "dialéctica", porque buscaba explicaciones para las cosas. No se sometía a la apariencia de las cosas, sino que hurgaba en ellas, tratando de

desentrañar sus verdades esenciales. Y era así, porque conservaba aún esa particular disposición mental del griego del heleno y del romano, que le permitiera encontrar, hace 2.500 años, todas las explicaciones posibles para todos los hechos imaginables. Y ese modo de ser, esa predisposición intelectual, refinada y enriquecida a lo largo de siglos y siglos, fue a mi juicio, mucho más importante, mucho más decisiva, como instrumento de combate y de dominio, que los arcabuces que lanzaban rayos y truenos o los corceles que pisoteaban hombres y trincheras. Y lo creo así, porque de lo contrario, disipado el terror, descifrada la magia de la primera acometida, la simple correlación aritmética habría hecho imposible que se consolidara la conquista. Y no fue así y no podía ser así, porque esta diferencia evidente, innegable, inocultable, de niveles de evolución cultural: 2.000 años por lo menos entre unos y otros era absolutamente imposible de superar. Esta es, a mi entender, la única clave explicativa de este perturbante enigma que he llamado: "de la fácil caída", que tanto significa en el proceso ulterior de evolución de nuestra cultura y nuestra vida.

Veamos ahora el segundo de estos "enigmas" que, como lo dije, constituye además una "paradoja": el de la larga noche colonial. El enigma y la paradoja radican en el hecho de que, al mismo tiempo que ocurre el milagro de que en solo cuatro centurias se produzca, una virtual equiparación en el nivel de desarrollo cultural -y en el nivel de desarrollo global (técnica, industrias, forma de vida)- entre la Metrópoli y sus Colonias, se da el hecho de que tal nivel de desarrollo (llamémosle: conjunto o equiparable) de una y otras, es sustancial, casi, abismalmente, inferior al nivel de desarro-

llo cultural y global al que han llegado otras colectividades europeas e incluso americanas; y, concretamente: Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica.- Trataré de probar con citas y hechos concretos estas afirmaciones.- Que el nivel al que habían llegado España y sus Colonias era similar, lo prueba el hecho de que, en el orden de la creación artística, si bien puede haber alguna diferencia, incluso, una notable diferencia, en la calidad formal de las pinturas y las esculturas de un Velásquez, un Berruguete, un Goya, un Greco, un Alonso Cano o un Zurbarán, y la calidad formal de las pinturas y esculturas de un José Ibarra (en México), un Pérez de Alesio (en Perú), o nuestros geniales: Miguel de Santiago, Pampite, Samaniego, Legarda. Si puede hallarse tal diferencia, repito, esa diferencia en la calidad "formal", insisto es infinitamente menor, infinitamente menos significativa que la que pudo anotarse, cuatro siglos antes, entre las creaciones de la plástica aborígen con las del siglo de oro español. Y creo que es así, porque esta era una diferencia "esencial", si cabe llamarse así, porque era una diferencia en la concepción misma, y en la metodología de realización misma de la obra, mientras aquella, es decir, la de finales del siglo XVIII, es una nueva diferencia de calidad, en la ejecución de la obra. Y lo propio ocurrió con la arquitectura. Claro que el templo de San Francisco es inferior al Escorial. Pero lo es, solamente en magnitud. Claro que los bellísimos templos de Puebla, de Taxco, de Oaxaca, de Arequipa, de Tepotzotlán, y todos los de Quito, pueden ser algo menos pulcramente ejecutados; pueden estar algo menos ricamente decorados; pueden en suma, ser "algo menos" que los Alcázares, Monasterios, Catedrales y Palacios, que engrandecen el paisaje de España. Pueden ser. Segura-

mente lo son. Pero lo son, también en lo "accidental", en lo "formal". No lo son en lo "esencial", es decir en los fundamentos científicos y los recursos y medios técnicos que hicieron posible su construcción. Y lo que ocurrió con las artes plásticas y la arquitectura, sucedió también en el campo del pensamiento y la creación literaria. Cuando se evocan los nombres de un Francisco José de Caldas, un Eugenio Espejo, un Nariño, un Pedro Vicente Maldonado, un Mejía Lequerica; cuando se recuerda la obra de Juan Ruiz de Alarcón, Garcilazo de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz y nuestro Olmedo, se evoca y se recuerda el hecho incuestionable de que la estatura intelectual de los unos y el mérito intrínseco de la obra de los otros, no desmereció en modo alguno y quien sabe si superó con creces la de los pensadores y literatos peninsulares de su tiempo. Y lo que ocurrió en la evolución de las artes, las letras y el pensamiento, se dió también, aún cuando parezca increíble, en el orden global del desarrollo. A finales del siglo XVIII, las formas y los instrumentos de producción difieren muy poco entre América y España. Claro que acá se utiliza en mayor proporción la "energía de sangre", merced al brutal sometimiento de la masa indígena, pero en España tampoco hay un "recurso energético" sustitutivo. Telares, arados egipcios, molinos de agua y de viento, siguen siendo los instrumentos básicos de producción. Desde luego, la harina, el aceite, el vino, la bayeta, los lienzos "de Castilla" son de mejor calidad, pero no son más que harina, aceite, vino bayeta y lienzos como los que se producen en los obrajes, las haciendas, los lugares y los talleres de estas latitudes. Y se da esta similitud en el nivel del desarrollo, y sobre todo en la estructura productiva que lo sustenta, a pesar del flujo incesante

de metales preciosos y de otros bienes: similares que empobrece América y enriquece España durante cuatro centurias. Y ocurre esta equiparación en el avance económico tecnológico, a pesar de las draconianas restricciones impuestas al comercio de América con el resto del mundo, y al monopolio exportador de España en casi todos los aspectos del aprovisionamiento de bienes y productos esenciales.- ¿Por qué y cómo había ocurrido este "milagro de evolución"? ¿Por qué y cómo había sido posible un avance tan sorprendente de la cultura y la vida en este continente?; y, sobre todo, ¿Cómo explicar el que se hubiera dado este fenómeno en circunstancias tan poco propicias, tan adversas inclusive?. Muchas pueden ser las respuestas, muchas las interpretaciones; pero, a mi juicio, la clase explicativa no es otra, que el hecho de haberse dado en Indoamérica ese proceso único en la historia del colonialismo: el proceso del mestizaje. ¿Por qué sostengo esta tesis? ¿Por qué me permito hacer esta afirmación, que no dejará de escandalizar a muchos? Pues, porque considero que al engendrar hijos conquistados el engendró las aptitudes humanas de asimilación, sin las cuales el trasvasamiento de su cultura habría sido mucho más lento o incompleto. Los seres humanos resultado de la acción engendradora fueron ciertamente seres complejos, frustrados, desequilibrados. Pero al mismo tiempo, biológicamente más aptos, sin duda alguna, para que fructificara en ellos la simiente de los valores, los principios, las nociones, las concepciones en que se sustentaba la cultura del conquistador. Y por este hecho, de su mejor aptitud, el proceso de asimilación tecnológico fue más fácil y perfecto. Por eso, en Iberoamérica no se produjo ese "shock" que Alvin Toffler afirma que

se produce cuando el avance científico y tecnológico superan la capacidad de percepción de las gentes. Por esta, en suma, antes que por ninguna otra causa, las gentes de Iberoamérica, la vida de Iberoamérica, a finales del siglo XVIII, estuvieron en el mismo o muy cercano nivel de adelanto o desarrollo, que las gentes y la vida, en la llamada Madre Patria.

Y ahora, la "paradoja". Ese nivel alcanzado conjuntamente por España y sus colonias americanas, está abismalmente por debajo del nivel al que habían llegado otros pueblos de América y Europa; concretamente: de los Estados Unidos de Norteamérica, de Inglaterra, Francia, Alemania y Los Países Bajos. ¿Pruebas de esta afirmación?. Creo que basta con recordar que, de la totalidad de inventos que transforman la vida humana a parte del siglo XVII ninguno se produce o es logrado en España. Tengo algunos ejemplares a la mano: la máquina de sumar la inventa Pateur (1642) en Francia; el reloj pendular se fabrica (1657) en Alemania; el termómetro (1710), también en Alemania; la máquina de pistones movida a vapor (1705), en Inglaterra; el torpedo submarino (1778), el pararrayos y los lentes bifocales (1780) en Estados Unidos de Norteamérica; la locomotora (1801) en Inglaterra; la luz a gas (1792) en Escocia.- En España, en cambio, lo dije y lo ratifico, la vida, en los albores del siglo XVII, no ha pasado del estado pastoril de 200 años antes. Y más todavía, no sólo que no se ha dado este florecer de la capacidad inventiva del Hombre, esta fecunda creación de las cosas prácticas que han transformado su vida, sino que, en el campo del pensamiento puro, se anota un estancamiento poco menos que total. Mientras en el resto de Europa: Descartes, Leibnitz, Spinoza, Bacon, Hume,

Kant, Hegel, Schopenhauer, Kierkegaard, han explorado y exploran todas las rutas del conocimiento; han buscado o buscan todas las soluciones y las respuestas, en España y sus colonias, el único ejercicio espiritual sigue siendo... el mismo de cuatro siglos atrás: las sutiles y fútiles disquisiciones sobre los "problemas de la fé cristiana"; y, los "pensadores" (si así puede llamarse a quienes desempeñan una tarea de tan poca categoría), no hacen otra cosa que especiosos sermones y tremebundas parrafadas, sobre las verdades inconcusas de un catecismo con el que se quiere explicar lo inexplicable demostrar lo indemostrable, y sobre todo, someter, lo indomeñable. Pero valga el triste consuelo de saber que esta calamidad que ocurre por estos lares, ocurre también en todos los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, con excepción de Francia. Si señores, precisamente en esos pueblos que fueron la matriz de ese estallido creador del Renacimiento. Precisamente en esos pueblos que rescataron la inteligencia humana del marasmo medieval. En esos pueblos, se da esta paralización, este estancamiento, esta muerte en vida. ¿Por qué ocurre tal cosa? La respuesta, inapelablemente ceñida a la verdad de los hechos, inobjetablemente ajustada a la lógica del análisis histórico, nos la da un matemático, estadístico, poeta, historiador, profesor e inventor: Jacob Bronowski, en su obra "El ascenso del Hombre": Este súbito "invierno bajo el sol del mediterráneo" se inicia el instante en que Galileo el Grande es condenado, por sostener que "la tierra se mueve". Este juicio inaudito, este fallo infame, determinan el ocaso del sol del mediterráneo y el traslado inexorable de la luz y el calor de la inteligencia, hacia el Norte, hacia las tierras y las colectividades que no estaban poseídas del dogmatismo feroz que desgarró la mitad de

Europa, que encadenó los espíritus y amordazó las voces, que esterilizó el pensamiento y trabó las manos durante más de doscientos años. "Galileo murió como un prisionero en su propia casa -dice Bronowski- en 1642, y en la Navidad del mismo año, nació en Inglaterra: ISAAC NEWTON, ese fue el signo de los nuevos tiempos". Y esa es, repito, a mi juicio, la única explicación de la "paradoja".

Por último, trataré de explicar el "tercer enigma"; el que llamara de la "lenta marcha". Dn. Gonzalo Zaldumbide dijo alguna vez -y nadie ha podido contradecirle sino con sofismas- que desde la Independencia hasta bien entrado este siglo, "la suerte de Quito le ha sido adversa". Y esto, que vale para Quito, en lo que se refiere al deterioro que experimenta la ciudad en sus valores urbanísticos fundamentales, es válido también para el Ecuador en su conjunto. Y es válido para la mayor parte de la América Hispana. Si comparamos la situación del continente a comienzos y fines del siglo XIX, no podemos menos que llegar a la triste, a la amarga conclusión de que, las varias (ocho o nueve) décadas de independencia, de libertad y republicanismo, sirvieron para bien poco. La inexistencia de cifras demostrativas de la situación económica y social del país (y de América, en general) al momento de producirse la revolución de la independencia y en los albores de la revolución liberal, impide realizar una comparación que los economistas y los estadísticos llamarían: "de estricto rigor científico". Sin embargo, disponemos de una fuente de información sumamente apropiada para el efecto: "las relaciones" de los historiadores y los viajeros. Y en todas ellas, la imagen del Ecuador en 1830 y la imagen del Ecuador (como de la América toda) en 1900,

es casi exactamente la misma. Mejor dicho, no es la misma: ES PEOR. ¿Escandaliza esta afirmación? Seguramente que sí, pero es -enfático- estrictamente ceñida a la verdad de los hechos y a la fidelidad de los testimonios. En los 60 años que transcurren entre las dos fechas, lo único de positivo que se ha hecho son los esfuerzos civilizadores de Rocafuerte, la abolición de la esclavitud y los pocos kilómetros de carretera empedrados por la tenacidad de García Moreno. Pero mientras tanto, el empobrecimiento general, es innegable, como innegable es el amodorramiento de casi todas las actividades con las que se manifiesta la vida y el empuje de una sociedad. Pero entonces, ¿qué había sucedido con la libertad y la independencia? ; ¿qué con el patriotismo? Doloroso es confesarlo, CASI NADA. Y casi nada, porque al orden -sin duda alguna opresivo- de la Colonia, le sucedieron las revueltas y las trifurcas sin término ni sentido. Y porque en vez de la pausada movilidad de la economía colonial, se produjo: primero: un frenético desbarajuste, y luego, una parálisis total. Y por último, porque al régimen colonial de explotación e injusticia le reemplazó... otro exactamente igual. ¿Y por qué aconteció todo esto? ¿Qué hechos, qué factores, qué circunstancias determinaron un resultado semejante? Pocos autores, pocos estudiosos de nuestra realidad y de la realidad honda y cierta de Iberoamérica, han tenido el coraje de decirlo. Un ecuatoriano eminente: Gabriel Cevallos García; un mexicano formidable: José Vasconcelos; y, un brasileño de relieve parecido: M. Oliveira Lima, coinciden en sostener la tesis de que, las calamidades de nuestro inicio republicano obedecieron al hecho de haberse producido la independencia de estos pueblos como un rabioso estallido contra el orden y el mundo colonial,

en el que perecieron CASI TODOS los pocos individuos que se hallaban capacitados para la tremenda tarea de conducir a sus pueblos en la vida independiente, desaparecieron instituciones fundamentales para la relación social y se liquidaron estructuras productivas cuya sustitución a corto plazo fue imposible. Todo esto, sin contar con el proceso de fragmentación (que no se detiene todavía), el cual, si bien se produjo por la súbita ruptura del sistema de relación colonial que mantenía la unidad del continente., fue consecuencia, sobre todo, de la carencia de líderes de estatura bolivariana, y de la abundancia de advenedizos y mediocres que treparon, precisamente, porque no había nadie que les ubicara en el lugar que les correspondía. Cevallos García dice, entre otras cosas, respecto de este tema: "En algunos países hispanoamericanos, entre los bolivarianos en especial, falta en sus Historias un estudio... donde prolijamente veamos los daños causados en el orden social, humano, económico y administrativo por la apertura de la compuerta a los odios, por el anulamiento de los frenos éticos y por el permiso concedido en forma casi total a las pasiones destructivas". Vasconcelos, más concretamente aún, sostiene: "Todo el desastre mexicano posterior (a las guerras de la independencia) se explica por la ciega, por la criminal odiosidad que surge del seno de las chusmas de Hidalgo y se expresa en el grito suicida: "mueran los gachupines" Y añade, luego de contrastar este proceso con el de la independencia yanqui: "Lo que nosotros debimos hacer es declarar que todos los españoles residentes en México debían ser tratados como mexicanos". Oliveira Lima, casi testigo de los acontecimientos, censura el hecho de que se hubiera procedido en forma totalmente contraria y dice: "La América española conquistó su soberanía,

pero las consecuencias fuéronle, bajo cierto aspecto... trágicas", y cita al respecto la frase "elocuente y sonora" de un historiador venezolano: Vallenilla Sáenz, quien afirma: "La flor de nuestra sociedad sucumbió bajo el hierro de la barbarie y, de la clase que engendró a Bolívar, no quedaban después de Carabobo, sino despojos..." Creo que con esto, basta. Nada me corresponde añadir, como no sea el invitarles a que recordemos este momento la lista de los patriotas inmolados el 2 de Agosto de 1810 y que la comparemos con la de quienes ejercieron funciones de Gobierno hasta 1900. O que recordemos la gestión administrativa que cumpliera el Barón de Carondelet y la comparemos con la que tuvo a bien realizar el señor General Flores. Con esto es suficiente para encontrar fundada sobre la base inconmovible de la lógica y de la apreciación objetiva de los hechos, la explicación que me he permitido dar sobre el tercero de los "enigmas" cuya

solución me parece indispensable, para entender el por qué del curso de nuestra historia y para tener una idea cierta, sobre las perspectivas de nuestra cultura.

En el diálogo que, según entiendo se abrirá luego de mi intervención, espero que se me de la oportunidad de precisar las ideas básicas que he pretendido esbozar en torno al tema planteado: la idea de que un régimen, un sistema o una situación histórica que propicia el libre juego de la capacidad creadora del hombre -del hombre-individuo- y del -hombre-grupo-, es un régimen, un sistema o una situación histórica que propicia el progreso en los órdenes sustanciales de la vida; y, la idea de que esa capacidad creadora de los individuos y/o del grupo, está condicionada, fatalmente, por factores que no pueden suplirse artificialmente, por muy revolucionario que sea el empeño que se ponga para lograrlo.